



DON PEDRO SAINZ RODRÍGUEZ

BOLETÍN

DE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

AÑO LXXII.-TOMO LXVI.-MAYO-DICIEMBRE.-CUADS. CCXXXVIII-IX

Pedro Sainz Rodríguez

(1898-1986)

Se tardó mucho tiempo en conseguir que se sentara aquí con nosotros. Había sido nombrado Académico nada menos que el 5 de enero de 1938, y no leyó su discurso de recipiendario hasta el 10 de junio de 1979. Media, por tanto, entre esas dos fechas la friolera de cuarenta y un años. Si se piensa que en los Estatutos existía, si bien como letra muerta, un artículo prescribiendo que el tal discurso ha de ser leído dentro de los seis meses siguientes a la elección, reconocemos que, por una vez, en esto, la diligencia no acompañó a don Pedro Sainz Rodríguez. Fue nombrado —creo recordar— a la vez que Eugenio Montes y Rafael Sánchez Mazas. Eugenio Montes tampoco se preocupó mucho, pero acabó cumpliendo con su deber y compareciendo en estrados. No así Rafael Sánchez Mazas. Advirtamos, en descargo de la demora de Sainz Rodríguez, su ausencia de España, bien contra su voluntad, durante una parte no pequeña de su larga vida. Por fin, don Pedro vistió su frac de reglamento, con su chaleco y su corbata negra, y recibió la medalla que le convertía de electo en numerario.

Si, evidentemente, había tardado en trastocar un título por otro, la verdad es que, a partir de ese mo-

mento, su asiduidad a nuestras sesiones semanales fue grande. En 1 de enero de 1985, reunía 249 asistencias. En la misma fecha de 1986, 283. Pero a lo largo de 1986 el ritmo de sus asistencias disminuiría. Iba acompañada esa disminución a la de sus facultades físicas que le hacían difícil subir las escaleras, aun siendo tan menguadas, tan dibujadas por el arquitecto con levedad y delicadeza como si presumiera la edad media de los que las utilizarían habitualmente. Y la comprobación de su decadencia nos entristecía a todos, y de especial manera a los que —tal mi suerte— le habíamos conocido colmado de juventud y vitalidad.

Fue —lo he contado más de una vez— en la Granja el Henar. La acera de la calle de Alcalá, antes de la guerra, era el ágora madrileña, la más alegre de todas nuestras calles, y si es evidente que por ella iba y venía incansablemente la frívola florista, también lo es que don Ramón María del Valle Inclán —el “primer premio de máscaras a pie”—, Azorín con su paraguas rojo tantas tardes innecesario en el clima seco de nuestra capital, Ramón Gómez de la Serna, Julio Romero de Torres y otros muy ilustres personajes la subían y bajaban rumbo ya de la Granja el Henar que he citado, ya de Negresco, los dos ateneos suplentes del que abría sus puertas en la calle del Prado. Don Pedro estaba en una de las mesas de la terraza, cuando mi hermano Leopoldo, al que yo acompañaba, me presentó a él diciendo esquemáticamente: —Aquí tienes a don Pedro.

Yo nunca he visto empasteladas dos palabras —el nombre y el tratamiento— con más naturalidad e inmediatez que esas dos. ¿Habría habido alguna época en la que Pedro Sainz Rodríguez no hubiese sido don Pedro? Sería preciso remontarse a las de su infancia y adolescencia, pero, ya en su primera juventud, el don se encaramó sobre su apelativo para no separarse nunca más de él. En la anterior edición del Diccionario se decía, tras una breve incursión histórica y un poco ingenuamente, que “el don no se niega ahora a ninguna per-

sona bien portada". El Espasa precisaba que más que bien portada, debía ser decente. Curioso sería extenderse sobre el alcance de esos términos para saber qué hace falta para que a uno le consideren bien portado o decente, pero eso queda a todas luces extramuros de estas líneas. La edición actual del Diccionario zanja esas nebulosas apreciaciones diciendo por lo corto que hoy es un tratamiento de respeto muy generalizado, si bien antes estaba reservado a personas de elevado rango social. El caso es que a Pedro Sainz Rodríguez se le atribuyó casi desde la pila del bautismo. Así, Leopoldo renunció a añadir el apellido suponiendo que el nombre era suficiente. Por otra parte, don Pedro y las cosas de don Pedro eran populares en mi casa familiar, donde se comentaba su ingenio, su enorme y no se sabe cómo aprendida cultura, al tiempo que se aludía cariñosamente a su rotundidad física. Le veo ahora acompañado, carirredondo, con los cristales de sus gafas traspasados por una mirada inquisitorial y despiertísima, su bigote apenas insinuado, y advierto que el transcurso del tiempo no alteró en nada sus rasgos característicos. Ni su frescura intelectual tampoco. Esta, la verdad sea dicha, fue muy temprana. Él conservaba en su archivo fichas de sus 14, de sus 15 años, tomadas de sus lecturas iniciales, frecuentador de la biblioteca Menéndez Pelayo, respecto de la cual alguno de sus novatos asistentes le preguntó en una ocasión si todos aquellos libros los había escrito don Marcelino, a lo que le repuso que escribirlos, no, pero que leerlos, sí los había leído todos. Pues acaso el propio Sainz Rodríguez también. La bibliomanía —la más noble de cuantas aficciones coleccionistas puedan prender en el espíritu del hombre— fue consubstancial a su vida entera, y fruto de ella, su propia biblioteca de casi 30.000 volúmenes, para los cuales hubo de habilitar un piso aparte. Esa biblioteca, por fortuna, no se deshará como hemos visto deshacerse entre nosotros algunas muy apreciadas, vendidas a Universidades extranjeras. Don Pedro la ha legado a la

Fundación Universitaria Española, que se enriquecerá con ella.

Así, don Pedro nació entre libros, vivió siempre entre ellos y acabó muriéndose con el mismo entorno, la misma escenografía que le había acompañado desde niño, a saber, las altas estanterías con su copete de legajos, sus plúteos rebosantes, sus cajas de archivadores, sus marbetes en los lomos y unas veces la escalera rodante para alcanzar los más lejanos y otras la doméstica y frágil silla, cuando era necesario comprobar una cita, un dato que escapaba a su asombrosa memoria.

Manuel Revuelta Sañudo cuenta que a don Pedro le tocaron en la lotería 12 pesetas cuando tenía los mismos años que el premio. Mirémonos a nosotros mismos e interroguémonos sobre cuál fue el destino que dimos al primer dinero que llegó a nuestras manos. Creo que el invertirlo en libros no habrá sido excepcional y acaso lo que hizo don Pedro, que entonces y por poco tiempo respondería al hipocorístico Perico, tampoco lo fue: comprar libros, en efecto. Pero las diferencias son graves si comparamos los elegidos. He aquí los que adquirió por 9 pesetas: los tres volúmenes de la segunda edición de *La Ciencia Española* de Menéndez Pelayo, que devoró ávidamente. Así se habría de iniciar su culto al gran polígrafo montañés que sería el norte de su vida.

Don Pedro había de referirse a sí mismo diciendo que estaba en la política de modo accidental, ya que su profesión y su función social eran otras, pero las circunstancias le impidieron cumplir su propósito y, casi desde los albores de su juventud, en 1924, la política absorbió una gran parte de su actividad y, curiosamente, en esa fecha, aunando, enlazando las dos, fundiéndolas, como si de una sola se tratase. Aclaremos de qué forma. Se inauguraba el curso en la Universidad Central, sita, en aquellas calendas, en el inmenso y destaralado caserón de la calle de San Bernardo, y él, ya catedrático de la Lengua en la Universidad de Oviedo,

fue designado para pronunciar la lección magistral. Claro que por aquel entonces había pronunciado otras muchas, pero ninguna conseguiría la resonancia de aquélla. Esto, decimos, era en octubre de 1924. La Dictadura del general Primo de Rivera entraba en su decimotercero mes de vigencia y, a despecho de la casi clamorosa y universal aceptación con que había sido recibida, era ya objeto de infinitos saetazos provenientes de arqueros muy adictos a la Monarquía pero muy temerosos de que ésta, bajo aquel régimen de excepción, se fuera al traste, como así fue. (Ese proceso, inicialmente de desasimiento, y de hostilidad después, lo ha estudiado de modo magistral Carlos Seco en “El cerco de la Monarquía”, aparecido hace pocas semanas en el *Boletín de la Academia de la Historia*.) Pues bien, bajo la rúbrica de “La evolución de las ideas sobre la decadencia española”, aséptico e inofensivo enunciado, nuestro hombre alojó las más aceradas diatribas imaginables contra el General. Primero, citando textos de don Andrés Ovejero, socialista notorio y catedrático también de Teoría de la Literatura, que había dicho en uno de sus discursos nada menos que esto: “el problema no es de personas, de tutor, de dictadura, es problema de colectividad de pueblo, de nación. Con la dictadura por solución, el problema de nuestra decadencia se agravaría, y no así como quiera, sino en proporciones considerables. No tardaría en presentarse a la vista quien, encima de haber ayudado eficazmente a nuestras desdichas, todavía creería poder levantarse sobre la nación y convertirla en feudo suyo”.

La estocada era tremenda, pero para que no pareciese como si don Pedro se parapetaba en esgrimidores ajenos hurtándose al riesgo, añadió esta lindeza de su propia Minerva: “Forjémonos ideas nuevas y unánimes para hacer algo colectivo dentro de una vida digna y libre. Entonces seremos una nación, no un rebaño disperso por los egoísmos individuales que sólo podría ser unido por la oprobiosa cayada del pastor”. Equipa-

rar, gracias a la media verónica de una metáfora, el sable del presidente del Directorio a una cayada de pastor era muy expuesto y, por si la sola lectura de su conferencia pronunciada ante un público, doctoral, intelectual, de una parte, de la otra juvenil y levantisco fuese insuficiente, la convocatoria, que le siguió, a un banquete en el Palace Hotel, organizado, traviesamente, por Bonilla San Martín, multiplicó los ecos de aquella andanada y erigió, de la noche a la mañana, al que la había disparado en centro de las ya importantes disidencias que la actuación de la Dictadura provocaba en los medios políticos de nuestro país.

Nadie ha olvidado lo que aquel famosísimo banquete trajo consigo. En él manifestaron personas muy representativas opiniones adversas, no ya al régimen, sino al monarca y, por el simple hecho de su asistencia, fue sancionado el general Berenguer.

Véase, pues, de qué temprana manera se inicia en Sainz Rodríguez la ambivalencia literaria y la política y cómo había de seguir la vida entera bajo su doble ordenanza. Es ésta de la anchura y densidad suficiente para que rebase los límites naturales de una simple nota necrológica, pero, pese a las impuestas exigüidades de espacio y tiempo, hay algunos extremos de ella que no pueden quedar olvidados. Aquí, por ejemplo, su figura como promotor de la CIAP debe ser recordada, porque la CIAP fue un intento meritorio de redimir a los escritores del primer tercio de siglo de la bohemia depresiva y sonrojante en que, salvadas escasas figuras, habían vivido hasta entonces, y uno de los fundamentos en que se apoyaba el antirrepublicanismo de don Pedro era el de que, interrumpido el mecenazgo de los Bauer que la sostenía, al sobrevenirles la quiebra, no lo hubiera suplido el Estado con una ayuda que, por mezquina que fuese, hubiera bastado para seguir adelante. Sería hipócrita, sin embargo, que adujéramos como solo sustentador de su fobia al régimen del 14 de abril, ese episodio, al fin menor, de la CIAP. Don Pedro creía

en la suma bondad del andamiaje monárquico constitucional y parlamentario y a su servicio estuvo siempre. Ese servicio iba a prestarlo ejemplarmente a don Juan de Borbón y Battemberg, Conde de Barcelona.

Antes, Sainz Rodríguez participa del primer gobierno que nombra el general Franco, viva todavía e incierta la guerra civil, y en él ocupa la cartera del Ministerio de Instrucción Pública, que, a instancia suya y por primera vez, se llama de Educación Nacional. Es ésta la etapa más polémica de su vida y sobre ella no han faltado los juicios negativos. Si se piensa en que desempeña sus funciones mientras están abiertos los frentes y en el que las retaguardias, lógicamente, son la caja de resonancia del fuego de los combates, habrán de aceptarse como inevitables ciertas medidas. Las depuraciones, la censura de libros que, en el fondo, tenía que repugnar a su conciencia, formaba parte de la lucha civil de la retaguardia, paralela a la bélica. Donde está visible su espíritu es en la ley de 20 de septiembre de 1938, que rige nada menos que hasta 1953 y regula los estudios de bachillerato. Esa ley trata de imprimir en éstos la orientación humanística ausente de los planes anteriores y, en gran parte, extirpada de los sucesivos, con lo que afirma su fe en la cultura clásica como arma indispensable para la formación del alma de los pueblos. Del mismo modo, consciente de la sequía de libros que padece el país, multiplica el número de bibliotecas y, a fin de uniformarlas y regirlas ordenadamente, instituye la Jefatura de Archivos, Bibliotecas y Registro de la Propiedad Intelectual. Crea, del mismo modo, el Instituto de España, viendo en él una entidad orientadora de la alta cultura e investigación, no rival en ningún caso, ni entrometido en las funciones peculiares de cada una de las Reales Academias que agrupa en su seno, como algunos recelosamente suponen, sino, por el contrario, un órgano aglutinador de esas ya seculares instituciones. La luna de miel de Sainz Rodríguez con el franquismo es, sin embargo, muy corta. La abrevia,

de una parte, el ver que la restauración monárquica con la que él ha soñado desde sus tiempos de militancia en Renovación Española se aleja de manera indefinida y, segundo, que la represión, aun siendo inevitable, se extiende en el tiempo más allá de las lindes prudentes. Por añadidura, pronto se da cuenta de que se está formando en torno suyo un clima hostil —se exhuman antecedentes tan falsos como pintorescos que ponen en tela de juicio nada menos que sus creencias religiosas— y decide huir, temeroso de ser confinado en algún lugar inhóspito, a las amables riberas del Atlántico lisboeta. Estamos en 1942. Veintisiete años durará su alejamiento de España. Alejamiento, claro está, físico tan sólo; el geográfico, muy reducido; el espiritual, sentimental, intelectual, nulo.

Sin merma alguna de la entereza humana del Conde de Barcelona, capacitado para afrontar por sí solo los mandobles del destino, aun los más amargos, sería injusto menospreciar cuanto le ayudó a sobrellevarlos la lealtad de don Pedro Sainz Rodríguez. Fue su lealtad, incondicional, sí, lo cual es mucho, pero fue también inteligente, clarividente, añadiría yo. Don Pedro venteó el futuro como el más dotado de los augures. Hoy, *a posteriori*, nos parece que sus vaticinios eran fáciles, pero en la brumosa etapa en que los hizo distaban de serlo. Don Pedro supo siempre que el Pardo no era lugar de estadía pasajera, sino vitalicia. Le ayudaba a no errar el conocimiento profundo de quien lo habitaba y del fulgor con que el poder deslumbra, ha deslumbra desde que el mundo es mundo, a aquellos a cuyas manos llega, sea cual sea la vía de su acceso a él. Acertó: no hay duda alguna sobre la exactitud de su diagnóstico. Y supo usar débidamente de su don profético. Su libro *Un reinado en la sombra* lo evidencia. Si el infortunio sometió al Conde de Barcelona a duras pruebas, a título compensatorio, le brindó la prudencia y el talento y la absoluta entrega a su causa de un valor excepcional.

Su otro éxito adivinatorio fue el del desenlace de la contienda que desde 1940 al 45 enlutó a Europa. Sainz Rodríguez jamás dudó de la victoria de los aliados, pero es menester decir que esa convicción la hizo pública, sin recato alguno, desde el primer momento, y no sólo ante personas con las que la discrepancia le importara poco, sino ante otras de criterios diametralmente distintos del suyo y que ocupaban puestos de máxima relevancia: una de ellas el Jefe nada menos del Alto Estado Mayor, que cuando ya los tanques rusos pisaban las ruinas de la cancillería, aún confiaba en que las armas secretas de Hitler cambiarían el signo de la contienda. Más valor cívico aún se necesitaba para hablar en aliadófilo ante los propios alemanes, y Sainz Rodríguez lo tuvo también. Aquéllos fueron, presididos por Lazar, el agregado de Prensa de la Embajada alemana en Madrid, dos de la Embajada de Lisboa y otros que representaban a Goering y a Ribbentrop. Traían éstos la misión de persuadir al Conde de Barcelona de que aceptase la ayuda de Hitler para restaurar la monarquía y suponían que Sainz Rodríguez era el mejor transmisor de tan insólita propuesta. La rechazó Sainz Rodríguez, delegando, eso sí, la contestación oficial en el único que podía darla, como lo hizo con la vehemencia imaginable, tratándose de alguien de tan acendrado patriotismo y dignidad como don Juan, pero Sainz Rodríguez se permitió reclamarla aduciendo que poco favorecía a la hipotética investidura de éste el que la patrocinase un país condenado a la derrota. “El almuerzo —escribe don Pedro— adquirió, a raíz de mis palabras, un tono tenso y polémico.” No es de extrañar.

Después de este episodio y de otros muchos que él mismo ha historiado, *sine ira et studio*, con modestia y humor, sonó para Sainz Rodríguez en 1964 la hora de su retorno a la patria, y en 1979, como ya hemos dicho al principio, la de su ingreso en esta Casa,

para pronunciar su discurso que versó sobre *La siembra mística del Cardenal Cisneros*. Curiosa predilección la de don Pedro por la mística.

Quede para otros, más versados en esta materia de la que yo me declaro lego absoluto, adivinar los motivos de su enamoramiento intelectual por ese tema sutilísimo en el que profundizó exhaustivamente según lo acreditan sus innumerables textos. Yo me limito a señalarlo en espera de que su obra tenga los analistas que merece. Porque la verdad es —y sean estas mis palabras finales— que don Pedro ha dejado inagotable munición para tres generaciones de investigadores. Ahora que ya no disfrutaremos más ni de su sabiduría, ni —¿a qué ocultarlo?— de su dicacidad, siempre ingeniosísima, nunca excesiva en hieles, ni de su profesorado tan generoso, ni de su experiencia tan larga y rica, vale la pena de que, antes de proseguir nuestra vida cotidiana, nos quedemos tristes unos segundos pensando en el maestro, en el consejero, en el amigo que hemos perdido.

JOAQUÍN CALVO-SOTELO.